

bula (Bacon); poesía, hija de la belleza (Querol); poesía, la expresión de la imaginación (Shelley); poesía, el anhelo profundo de belleza y verdad (M. Machado); poesía, aquella divina fuerza que enlaza y confunde el alma de las cosas en la indefinible armonía del cosmos (Orsini); poesía...

Algo señalan estas expresiones que quieren ser definitivas. Algunas, milagro de adivinación; pero en todas la poesía se ha desenciado entre las palabras.

Comience nuestro elogio con el acercamiento a la definición y descansenos—luego—con la expansión mitigada de alguna alabanza, sabiendo ya lo que loamos.

Fray Luis de León lo entiende así: «Poesía no es sino una comunicación del aliento celestial y divino». «No es sino...»; todo lo que por poesía nos tienta el mundo de los versos hay que abandonarlo. No es tampoco eso y algo más. Fray Luis ha repasado y reposado en las cosas y en su meditación; goza de saberes y entiende de teologías, de filosofías y de escrituras santas; siente nostalgia y hastío, dolor y efusiones, hostilidad y fervores. El mismo estima que sus poesías se le han caído como de entre las manos. Y, sin embargo, poesía no es sino una comunicación del aliento celestial y divino. Comunicación; en su virtud se adquiere lo que el donante ofrece. Y la comunicación será tan honda o tan vacía como lo exija la gracia de lo que se comunica, la perfección del que otorga y la naturaleza del que la recibe. Comunicación del aliento celestial. La poesía, pues, participa, por comunicación, del aliento. Lo más íntimo, lo más cálido, lo más entrañable. El aliento nuestro es con el que vivimos la vida del amor, de las ansias, del silencio ruidoso de la vida. Pensad ¡qué será el aliento celestial y divino! De mí sé deciros que me anonada y sobrecoge pensar en la honda repercusión de este vocablo en Dios: su aliento. Porque mucho

